



AÑO I

← BARCELONA 9 DE JULIO DE 1882 →

NUM. 28



LA AUSENCIA DEL MARINERO, por Davidson Knowles



## SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—ARTABAN Y PAJOMIA, cuadro de costumbres de la pequeña Rusia, por Leopoldo de Sacher-Masoch.—LOS TRES CONSEJOS, por J. Zahonero.—LA SOMBRA ANTE LA CIENCIA MODERNA, por Felipe Pícaste.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—LA AUSENCIA DEL MARINERO, por Davidson Knowles.—LAS DOS FAMILIAS, por Miguel Munkacsy.—ESTER, copia de un cuadro de Biermann.—CHIMENEA DE GABINETE.—LA TRAGEDIA, pintura decorativa de F. Sans.—Lámina suelta.—EL LAGO DEL PARQUE DE WINDSOR, por Overend.

## LA SEMANA EN EL CARTEL

Alemania acaba de perder una de sus eminencias: José Joaquin Raff. Aunque suizo de nacimiento, pues vivió la luz en Lachen, pueblo situado a orillas del lago de Zurich, sus padres eran alemanes, a Alemania pasó desde su edad más tierna y alemán era por su educación y sus tendencias musicales. Raff empezó a cultivar la música como mero aficionado, y a ella se consagró completamente por necesidad, siendo aprovechado discípulo de Liszt y de Mendelssohn, quienes, especialmente el primero, ayudaron a vencer los tropiezos que encontrara en los comienzos de su carrera. La escena lírica alemana debele tres obras. *El rey Alfredo*, *Bernardo de Weimar* y *La Dama Kobold*: deja además una ópera en cinco actos titulada *Sanson*. Pero no era el teatro el fuerte de este compositor, uno de los más desiguales que hayan existido, pues al lado de verdaderas futilidades, ha escrito obras maestras de primer orden. Sus sinfonías, entre las cuales descuella *Im Wald* (En el bosque), que goza fama universal, y sus piezas de salón principalmente, son las que le han valido una celebridad más justa y legítima, hasta el punto de que no hay violinista, ni pianista de algún mérito, que no cuente alguna obra de Raff en su repertorio. Wagner ha perdido con él uno de sus más fieles y apasionados admiradores.

Durante esta temporada no salen los teatros españoles de las obras de verano, meros entretenimientos que apenas si merecen ser citados. Dos producciones se han puesto en los Jardines del Retiro de Madrid: *Retreta*, un acto agradable escrito por Gorrioz y puesto en música por Nieto, y *Espiridión en Vulcano*, una insulsez que pasó en medio del silencio más completo de los espectadores. —En Recoletos púsose una obrilla de Liern intitulada *Espinas de una rosa*, que fué bien aceptada.

La misma atonía que aquí, se observa en los teatros italianos, sin duda porque aquel país, como el nuestro, está sujeto a los mismos rigores estivales. —No obstante, la prensa unánime continúa tributando grandes elogios a la nueva ópera de Scontrino *Il Sorilegio*, cuyo feliz estreno en Turin tuvo el gusto de consignar en mi pasada revista. Tiene esta partitura una circunstancia rara, y es un argumento cándido é insustancial, que no empuje la frescura, la espontaneidad y la elegancia de la música. Dice un ilustrado crítico que en ella creése oír las notas festivas de Cimarosa y de Mozart, realzadas por la instrumentación moderna. Si este elogio es justo, como es de creer, no deja de ser muy valioso en estos tiempos de incertidumbres y de impotencia, en que los compositores suelen pecar por un exceso de servilismo ó por un exceso de originalidad, faltos de inspiración el uno como el otro.

Si aquí y en Italia hay atonía, en Francia marasmo completo: muchos preparativos para la temporada próxima; pero por el movimiento nada ó casi nada. Anúnciase una comedia que dejó sin acabar el malogrado Barriére, titulada *Tête de linotte*, a la cual ha dado el chistoso Goudinet la última mano; la transformación en drama de la célebre novela de Daudet *Los reyes en el desierto*; una obra original de Dennery y Julio Verne titulada *Viaje á través de lo imposible*, que debe ser puesta con extraordinario aparato; un drama de Erckmann Chatrian *Madame Teresa*, sacado de la novela que lleva el mismo título; un baile de corte provenzal, *La Farandola*, destinado a nuestra bella compatriota Rosita Mauri, y una ópera nueva de Massenet, titulada *Montalto*, cuya acción transcurre en Roma en el siglo XVII.

Entre los acontecimientos de la semana, cuéntase la aparición del célebre barítono Maurel con el rey Alfonso de la *Favorita*, que ha interpretado de una manera magistral; y la reproducción en la Gran Opera del baile de Silvyre *El Fandango*, oposición de danzas francesas y españolas que, como todo lo que huele a la buena tierra de María Santísima, tiene la virtud de alborotar a nuestros vecinos.

El público de Bruselas ha recibido con extraordinario entusiasmo el drama *Sergio Panine* de Ohuet, que fué en París el éxito mayor de la última temporada.

En Bayreuth adelantan los ensayos de *Parsifal*, de cuya obra se han hecho ya varias ediciones, así como de los cróquis del decorado y trajes, lo cual no obsta para que se verifiquen los ensayos a puerta cerrada del modo más riguroso, habiendo tomado Wagner todas las precauciones imaginables para que no pueda oírse una nota desde fuera del teatro.

El célebre Rubinstein debe hallarse en Berlín al principio de la temporada de otoño, con objeto de dirigir personalmente su ópera nueva *El paraíso perdido*.

Los empresarios de los primeros teatros ultiman sus contratos. Los carteles de San Petersburgo ofrecen un cuadro de notables artistas, entre los cuales se cuentan

los siguientes: Sopranos: Sembrich, Durand, Virginia Ferni; Mezzosopranos: Sthall y Prandi; Tenores: Sylva, Marconi, Engel y Corsi; Barítonos: Cotogni, Vasselli, Devoyod; Bajos: Uetam, Sillich y Povoleri.

El empresario de Monte Carlo cuenta con Maurel y Talanzac y con las Sras. Vauzandt y Heilbron, contratada esta última por ocho funciones a razón de 60,000 francos.

El día 4 del corriente estrenóse en Londres la nueva ópera de Lanpren *Velleda*, interpretada por la Patti. Un telegrama que tengo a la vista, al trazar las presentes líneas, habla de un éxito grandioso; pero considero que no será por demás esperar mayores detalles para hablar con conocimiento de esta producción tan vivamente esperada.

La Sembrich ha rescindido su contrato con el empresario de *Covent Garden*; en cambio, la Patti ha alcanzado un grandioso triunfo en *Dinorah*.

A propósito de la Patti, cuentan de su *debut* una curiosa anécdota, digna de ser conocida. Había ido a Nueva Orleans en compañía de su empresario Strakosch a dar conciertos por primera vez, y quiso la casualidad que enfermara gravemente la *prima donna* de una compañía de ópera que estaba funcionando en aquella ciudad. Oyó hablar el atribulado empresario de la concertista Patti que contaba a la sazón sólo diez y siete años (érase en 1860) y fué a ver a su empresario Strakosch, solicitando el concurso de su discípula para salir de apuros y dándole diez días de tiempo para aprender el papel de Lucía.

—Con tres días tiene bastante, dijo Strakosch.

Y en efecto, a los tres días aparecía Adelina en escena y asombraba al público con sus portentosas facultades. En cuatro días más aprendió el *Trovador*, luego *Rigoletto* y últimamente *Dinorah*. Sus triunfos fueron tan grandes y tan pasmoso el efecto producido por la facilidad con que dominaba en breves días óperas que nunca había estudiado, que el eco de su fama, confirmada luego en París, llenó a los pocos meses el mundo entero. Así, de un sólo vuelo, y como por acaso, llegó la privilegiada artista al zenit de la gloria.

Sarah Bernhardt no salió de Londres sin hacer una buena acción, contribuyendo con el importe íntegro de su beneficio (5,000 francos) a la suscripción abierta en favor de los judíos rusos perseguidos.

Hablan los periódicos argentinos del próximo estreno de una ópera española, debida a D. Félix Ortiz, discípulo del Conservatorio de Madrid. Titúlase *El Medallón* y el argumento está basado en un episodio de la historia de Buenos-Aires durante la tiranía de Rosas.

Un nuevo coliseo pasto de las llamas: el *Teatro Arcadia* de San Petersburgo. Afortunadamente no han ocurrido desgracias personales.

Las repugnancias de *Nana* y *L'Assommoir* se quedan muy atrás con un drama que está representándose actualmente en cierto teatro de Nueva York. Es en cierto modo un drama quirúrgico. Allí va un detalle. La protagonista tiene al final de un acto un formidable ataque de catalepsia, y su familia la da por muerta. Al levantarse nuevamente el telón, el cuerpo exánime de aquella mujer aparece tendido sobre la marmórea mesa de un gabinete anatómico: un profesor se dispone a hacer la autopsia al pretendido cadáver, y aun lo saja con el escarpelo; pero la mujer cataléptica da señales de vida, remuévese, se retuerce, y el doctor, apelando a todos los recursos en tales casos requeridos por el rigorismo científico, le devuelve la vida.

Este repugnante espectáculo, es, según dicen los periódicos neoyorkinos la *great attraction* de aquella ciudad. ¡Bueno está el teatro por este camino!

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

LA AUSENCIA DEL MARINERO,  
por Davidson Knowles

Triste vida la de la esposa del marinero.... Al mar confía todos los días su esperanza, y del mar se cuentan historias lúgubres, muy lúgubres, que aumentan la inquietud en que vive la desdichada. El lugar en que habita cuenta con gran número de viudas y huérfanos de gente de mar, cuyas ilusiones y ventura yacen sepultadas en las profundidades del Océano. Por esto, siempre que aparece en lontananza la nubecilla precursora de la tormenta, siempre que el mugido del viento resuena en los oídos de la amante esposa del marinero, trepa esta por las rocas y procura divisar en el horizonte aquella vela que conduce al sér adorado, al padre de unos niños amenazados todos los instantes de orfandad. ¡Con cuánto afán escudriña el horizonte!... ¡Con qué intuición adivina cuál es la barca del esposo, a pesar de que la vista descubre apenas algunos puntos negros en la inmensidad de las aguas!... ¡Con qué fruición se arroja en los brazos del marinero cuando la frágil nave hunde su quilla en la arena de la playa!... Todo se olvida en aquel momento de la más pura expansión, todo, hasta el peligro del día de mañana, igual al de hoy, igual al de siempre y que muchas veces, por desgracia, termina en catástrofe. Entonces reina en el hogar del marinero el más espantoso vacío; una mujer desolada llama, loca de dolor, al esposo que ya no vuelve, y unos niños extenuados piden pan a la que ni aun lágrimas puede darles. Cuando la imagi-

nación se fija en estas escenas, se concibe la suprema expresión de inquietud con que la amante esposa aguarda la vuelta del marinero.

LAS DOS FAMILIAS, por Miguel Munkacsy

Hé aquí un hermoso cuadro que por su feliz ejecución une un pensamiento bellísimo: la maternidad es la virtud más arraigada en toda la escala natural. La dama que domina la composición, deja comprender perfectamente sus pensamientos, y el orden de ellos la conduce insensiblemente a una deducción ridícula, a compararse con la perra que asimismo tiene reunidos sus gozquecillos. Por esto tememos que el autor del cuadro, que ha invadido el campo filosófico, a puro querer probar mucho, ha probado poco ó nada. Los irracionales comprenden hasta cierto límite la idea de la familia; pero de esto a confundir dentro de un mismo orden de ideas a la familia del hombre y a la del perro, hay una distancia inmensa. ¿Habrá querido hacernos comprender el excelente artista que la madre irracional no necesita de terceras personas para cuidar a su prole, al paso que la encopetada dama confía a extraños parte de sus quehaceres maternales? Tampoco el autor estaría en lo justo: el cariño materno, la filogenitura, existe en todas las condiciones sociales, por más que en sociedad no estemos todos a un mismo nivel. El amor puede darse las comodidades del lujo sin dejar de ser amor; y sino, dígalos la misma familia perruna del cuadro. ¿Acaso todas las perras educan a sus cachorros sobre blandas alfombras? ¿Acaso es común servir a los perritos sabrosos manjares en vajilla de porcelana? Hay damas de buen tono y perros entonados. ¿Y no pudiera ser también que el autor del cuadro se hubiera propuesto simplemente hacer una bonita escena, sin meterse en honduras filosóficas?... Es muy posible; en cuyo caso el crítico habría hecho un papel bastante ridículo.

ESTER, copia de un cuadro de Biermann

Ester es una de las figuras más simpáticas de la historia del pueblo judío, que la califica de mujer privilegiada entre las demás mujeres. Unida en matrimonio con el rey Asuero, emplea útilmente para su pueblo el ascendiente que su virtud y belleza ejercen en el ánimo de su esposo, y cuando se trata de evitar una horrible matanza que el odioso favorito Aman tiene acordado hacer entre los hijos de Israel, no titubea en presentarse a Asuero sin ser por este llamada, aun cuando una sangrienta ley castiga de muerte este hecho, tan natural por otra parte: este rasgo de valor y sublime abnegación, aumenta extraordinariamente la importancia de Ester, a quien bendicen los suyos y consagra la historia, en los *Libros Santos*, párrafos de entusiasta admiración.

El autor de este cuadro ha interpretado de felicísima manera el tipo de la mujer bella y fuerte de las *Escrituras*. Hay en el continente de esa Ester la majestad de la reina, la energía de la matrona y la bondad de la víctima. Es una obra verdaderamente clásica, al pié de la cual no hubiera desdeñado poner su firma el gran Ticiano.

## CHIMENEA DE GABINETE

La magnífica chimenea reproducida en la página 223 es una obra de arte recomendable por su severo estilo y la sobriedad de sus líneas. Consta de dos cuerpos: en el superior aparece encuadrado un paisaje al estilo de los de Poussin ó Lorenés; en el inferior, donde se halla el hogar, un doble marco en el que destaca hábilmente esculpida una guirnalda de flores, completa la obra. Esta es de nogal, ofrece un notable y delicado trabajo de talla, y su conjunto, a pesar de producir impresión severa, no puede ser más elegante.

LA TRAGEDIA, pintura decorativa de F. Sans

La figura que, simbolizando la Tragedia, pintó el malogrado artista Sr. Sans para el palacio de los duques de Santaña, reúne las condiciones esenciales del género decorativo. Aparece suspendida sobre un fondo de clara entonación y ostenta como único atributo el clásico puñal: por este concepto su actitud no se presta a traducir la concentración de las pasiones; pero la elegancia de sus líneas y la belleza plástica de sus formas, avaloran el mérito de esta composición, por demás severa y vigorosa.

La ILUSTRACION ARTISTICA consagra con este motivo un recuerdo a la memoria del distinguido maestro.

EL LAGO DEL PARQUE DE WINDSOR,  
por Overend

No puede negarse que el pueblo inglés concibe sus obras públicas con grandiosidad y las ejecuta con la misma grandiosidad que las concibe. El parque de Windsor es una prueba de ello. Sin duda es ménos coqueton (*passer moi le mot*) que el bosque de Boloña; pero en cambio únicamente el Prater de Viena puede competir con él en proporciones, quedándose este último muy rezagado en cuantos trabajos ha ejecutado el hombre para embellecerlo. El lago del parque constituiría por sí sólo un desahogado paseo, si todos los paseantes fueran dados a las excursiones por el agua, afición muy común en los isleños del otro lado del Canal de la Mancha. El buen tono de la capital inglesa se da cita en este delicioso lago, en el cual unos botes-velocípedos, tan cómodos como originales, compiten con los pasantes de tierra en el firme favor de las más elegantes damas y de los más apuestos caballeros.



ARTABAN Y PAJOMIA

CUADRO DE COSTUMBRES DE LA PEQUEÑA RUSIA (1)

Artaban se encontraba en el bosque con su escopeta. ¿Dónde podría él estar? Siegue el trigo quien lo sembró y quien labró la tierra. Aprisionad al águila en una jaula; no por esto dejará de cernirse por los espacios etéreos. Así había crecido Artaban entre seculares abetos y milenarias rocas. Sólo se sentía libre bajo la cúpula de zafir, con la que Dios cubriera su portentosa vivienda: el moderno techo pajizo, la cabaña de tierra edificada por mano del hombre, le robaban la respiración; vivía en el bosque, cuyas formas y cuyas voces le eran familiares. Su padre habíale llevado consigo a la vida selvática, cuando él era niño aún, y se entretenía éste en buscar flores, bayas y setas, mientras que aquel espiaba, oculto tras verde parapeto, el paso de algún lince ó de algún oso.

Allá creció él, rivalizando á porfía con los jóvenes abetos; era un mozo gallardo y atrevido, de fisonomía simpática.

Cuando murió su padre, dejóle toda su hacienda, consistente en una vieja escopeta turca, cuyo oxidado cañon mostraba todavía los rastros de una sentencia del Corán, en letras de oro. En adelante, fué á la caza completamente solo, trepando de roca en roca, en sitios donde, fuera de él, no trepaba más que la gamuza. Y así estaba hoy en el bosque, como ayer y como en el primer día, el cual no se le había borrado aún de la memoria.

Anocheía: el último albor de la tarde enviaba un resplandor rojo opaco á través de los empinados troncos, mientras que, alrededor, fantásticamente crecían las sombras. Caminaba Artaban sobre el blando y aterciopelado musgo, entre tiernos árboles resinosos, cuando de repente, oyó agitarse algo en la espesura. Tranquilamente descolgó de sus hombros la escopeta. De un lado se encontraban los restos de una corta de arbolado; del otro, donde las flores y las bayas exhalaban sus aromas, construían las abejas silvestres sus colmenas en las cavidades de los árboles, y en verdad, que donde aquellas estaban, podía encontrarse muy bien un oso.

Artaban dispúose á disparar. Una piel oscura y vellosa mostrábase claramente entre los arbustos de enebros y zarzales; ya apuntaba el cazador, cuando hé aquí que, felizmente á tiempo, resonó una alegre carcajada.

Artaban se espantó é hizo la señal de la cruz. Al mismo tiempo enderezóse la figura esbelta y juvenil de una bella aldeana, quien llevaba, puesta al revés sobre su cabeza, la piel de un borrego negro, y empuñaba un látigo en su tostada mano.

—¿Quién va allá? gritó Artaban.

La muchacha seguía riendo.

—¿Sabes que te he tomado por un oso? ¿De dónde eres, y qué es lo que aquí vienes á hacer?

—Yo soy Pajomia, la hija de la viuda Gryniak, de Zablutow, respondió ella; y tú ¿no eres, por ventura, Artaban el cazador?

Movió él afirmativamente la cabeza y marchó con la joven al claro en que ella había puesto á pacer sus caballos, y encendido una viviente hoguera. Arrojó ella su piel por el suelo, tendióse por encima, y entonces descubrió Artaban cuán joven y hermosa era realmente. Su fresca y redonda cara, con ojos negros y ladinos, brillaba al resplandor del fuego, como una fresa en que se refleja la colorada luz vespertina. Sentóse á su lado Artaban, y ambos entablaron un coloquio en voz baja, tan en voz baja y tan confiadamente como si fueran dos niños. Mientras que ella refería su vida simple, llena de privaciones y padecimientos, él miraba de hito en hito, como absorto, los rasgos infantiles de sus facciones; y cuando él hablaba de los riesgos que había corrido, ella le miraba de soslayo, casi tímidamente.

El sol acababa de ponerse, el cielo purpúreo de la tarde había palidecido, ya chillaban los primeros murciélagos en la plomiza atmósfera, y la luna se mostraba ya por cima de las copas de los abetos, los cuales se destacaban en la penumbra como lanzas negras. Ellos nada advertían, no oían ni las irónicas risas del mochuelo, ni el grito lamentoso de los gatos monteses; continuaban sentados juntos y hablando, hasta que Pajomia reclinó la cabeza sobre el pecho de Artaban y durmióse. Por algún tiempo la tuvo él en sus brazos, sin moverse, y aún reteniendo el aliento, sin cansarse de contemplarla.

Pero cuando al fin se movió, volvióse ella con

(1) Este bellissimo cuadro, original de un escritor alemán entusiasta por el idioma español, ha salido á luz en la *Revista Germánica* de Leipzig, de la cual lo reproducimos con la debida autorización, así como nos proponemos copiar en lo sucesivo otros artículos no menos agradables, insertos en tan ilustrado periódico, que honra la literatura patria en país extranjero.

disgusto y habló en sueños, frunciendo ligeramente las cejas:

—Estáte quieto, exclamó.

En esto, agitó la mano, cual si quisiese espantar una mosca.

Permaneció quieto, y al fin se le cerraron también los párpados: ambos quedáronse dormidos, uno al lado del otro, hasta el alba, tan inocente y tan dulcemente como dos niños. Al entonar, en torno, los pájaros sus canciones y al penetrar la primera luz blanca á través de los pardos troncos, despertó primero él, ella despues. La muchacha le sonrió, sacudióse febrilmente, levantóse de un salto y con lentitud se puso su negra piel de cordero, por entre la cual resaltaban con mayor vivacidad sus rojas mejillas y sus ardientes ojos; despues brincó, látigo en mano, sobre el lomo del caballo más próximo, y arreó á los otros hácia la aldea.

Desde aquel día, Artaban y Pajomia andaban siempre juntos. Todo el mundo supo pronto que ambos se amaban; pero sólo ellos lo ignoraban: cuando al fin lo supieron, ninguno de los dos habló una palabra sobre ello. Su amor era casto como los cantos populares de la Pequeña Rusia.

Pasó un año, tocóle á Artaban el destino de servir al Emperador, y cuando abandonó la aldea, fué Pajomia con él hasta el pequeño puente, sobre el que se halla la imágen de San Juan Nepomuceno; allá se despidieron, cogidos mucho tiempo de sus manos. Nada se dijeron. No pensaron una vez en escribirse. ¿Para qué? Ellos no se olvidaban, aunque no se cambiasen cartas con frases elocuentes, redactadas por algún escribiente de callejuela, y permanecieron fieles sin haber mediado juramento alguno. Más de un pretendiente envió en vano á su emisario con la botella repleta, á golpear á la puerta de la viuda Gryniak. Pajomia despedía cada vez tanto al aguardiente como al solicitador. Murió la madre: la joven no prestó á nadie oídos. Ardió su cabaña; sin embargo, Pajomia no tomó un marido, prefiriendo ponerse á servir.

La mujer del cura la admitió de cocinera; y tantos progresos hizo Pajomia en el arte de Lúculo que Artaban, cuando regresó al cabo de ocho años, la encontró en una casa noble, como reina absoluta del fogon y de la despensa.

Al entrar él por vez primera, volvióle la espalda con un movimiento brusco; luego principió á reírse á carcajada suelta, ocultando la faz en las amplias mangas de su bordada camisa. Cuando se descubrió, lágrimas puras resplandecían en sus pestañas. El se sentó, ella andaba acá y acullá muy atareada, y no se cansaban de mirarse mutuamente. ¿Se había vuelto Artaban más grande y más fuerte, ó lo hacía parecer tal la apostura militar y el bonito uniforme blanco con los reverses azul oscuro? Su cara brillaba como bronce, aparentando una tranquila severidad que le sentaba bien. Pajomia se había desarrollado bastante; sus hermosos y robustos contornos amenazaban á cada movimiento, romper el corpiño rojo y las listadas sayas, que la ajustaban en demasía.

Ocurrió precisamente que el dueño de la finca necesitaba un guarda-bosque. ¿Quién, mejor que Artaban, era adecuado para ello? Demandó el puesto, que al momento le fué otorgado.

El propietario abrigaba la intencion de cultivar los animales de caza, y para incitar á Artaban á que exterminara las bestias de rapiña, le cedió todas las que matase.

—Nosotros debemos hacer como en Bohemia,—dijo el dueño de la finca;—yo estuve allí como oficial, y en una jornada de caza mataba un tirador, dentro de un solo coto, unas cien liebres.

Artaban le miró con admiración, tanto como el respeto lo permitía.—Aquí,—dijo luego,—se debe uno dar por contento si cien cazadores cazan una liebre.

Habiéndole su señor provisto de pólvora y plomo, Artaban lanzaba descargas día y noche en los frondosos montes. Raramente sucedía que un tiro se desperdiciase: en tal caso, lo atribuía el cazador á una mujer vieja ó al cura que había encontrado por la mañana.

—¿Porqué no tomas una mujer?—le preguntó una vez Pajomia.

Artaban suspiró, respondiendo:

—¿Cómo puedo yo casarme? Cuando soldado, no podía pensar en ello; y ahora... ¡como simple cazador!

Hizo con la mano un movimiento como si arrojase una piedra en una recién abierta sepultura. Pajomia no le preguntó más; años trascurrieron sin que ella le interpelase.

Durante este tiempo, Artaban erraba día y noche, verano é invierno, en el bosque. Su faz curtida por la intemperie quedaba siempre la misma, no se le veía nunca ni alegre ni triste, siempre con la misma calma é impavidez, como iluminado por una gran-

de determinación. Era el hombre más bravo y más sobrio, tanto, que el tabernero Schwolke le daba el nombre de avariento. Nunca entraba Artaban en una taberna, jamás bebió de otra parte que de un fresco manantial del monte, cuyo chorro cristalino recibía en su sombrero. En lugar de tabaco, fumaba hojas de cerezo; nunca jugó á la lotería, nunca puso el pié en una feria, nunca tuvo en sus manos una baraja. Nadie sabía dónde él moraba, ni dónde él comía; nadie adivinaba lo que él hacía con su dinero; y sin embargo, fuera de su sueldo y gratificación, recibía también propinas en las cacerías, premios por cada nariz ó uña de animal feroz que entregaba en el tribunal del distrito; además hacia un buen comercio con las pieles y las plumas, pues no faltaban en el país osos, lobos, linceos, gatos monteses, martas, zorros, vesos, águilas y buitres.

Su antigua escopeta, con la sentencia del Corán medio borrada, con el damasquinado cañon y la culata de argentíferas incrustaciones, estaba oxidada y atada con bramante; pero lo que visaba, sucumbía sin remedio. Artaban tenía también un perro, tan curioso como su escopeta. Se llamaba Porocho (pólvora), y merecía tal nombre, pues era negro como el carbon, y al menor incidente, saltaba al aire como el fuego. Porocho se hallaba terriblemente escualido; pero con todo, muy alegre, como si diariamente tuviera un asado para comer. Poseía una oreja tan sólo, y con esta llevaba un lenguaje mímico muy animado. Parecía de vez en cuando que sólo se alimentase de moscas, tanta sagacidad, paciencia y disimulo desplegaba para cogerlas, y tan rápidamente se las tragaba, luego de cogidas. Mas con toda su alegría este perro no era ningún *calfactor* (1), sino de un carácter muy raro. Todas las gentes con las que Artaban estaba bien, saludábalas Porocho con un amistoso meneo de cola; las demás, ni las advertía siquiera.

Artaban y Pajomia veíanse cada domingo en la iglesia, y esto desde lejos, porque él se encontraba en la nave central, entre los hombres, bajo la gran cúpula detrás de los cantores, y separado del altar mayor por medio del tabique de imágenes rutilantes de oro, mientras que las mujeres oraban en la nave anterior: sólo despues de la misa cambiaban algunas palabras y un saludo. En tanto que Pajomia cuidaba de su persona, iba Artaban, entre semana, como un segundo Robinson, con sandalias de cuero y un traje compuesto de los más caprichosos harapos de paño, fragmentos de cuero y pedazos de piel de ardilla. El domingo, en cambio, se ponía de gala; y cuando atravesaban juntos la aldea, él con su largo leviton de paño azul, con un cinturón de lustroso cuero negro, la gorra negra de piel de cordero, encasquetada á la moda persa, y ella, con rojas botas, piel de borrego blanca, bordada en color, cubierto el pecho de corales y monedas, las largas trenzas ornadas con cintas rojas, parecían ambos dos personajes de las *Mil y una noches*, y todas las miradas se fijaban con placer en ellos.

El domingo por la noche venía Artaban cerca de ella en la casa, trayéndole algo cada vez, aún cuando sólo fuese un puñado de conchas diversas, cogidas en el río Tyssa, ó un manojito de flores del bosque. Sentábase despues en algún rincón; fumaba su corta pipa de madera, y miraba cómo Pajomia se agitaba en el interior de la cocina. Hablaban poco, y al hablar, de todo se ocupaban, excepto de lo que embargaba sus corazones.

El amor de la niña se revelaba por medio de una gran fuente llena de manjares, que ofrecía al perro, el cual, de repente, poníase tan redondo como una bola; el amor del mancebo, por el contrario, permanecía siempre mudo y secreto.

Algunas veces no se veían en toda la semana, y ni siquiera el uno oía hablar del otro; cuando llegaba á oídos de Pajomia alguna noticia de Artaban, no era en verdad nada de bueno, sino siempre la nueva de algún peligro, del que se había salvado con mucho trabajo y angustia. Pajomia, en tales ocasiones, no decía nada: limitábase á mover la cabeza.

Una tarde, á mediados del invierno, oyó decir que en el camino de la ciudad del distrito, los lobos habían despedazado á alguien; tembló con todo su cuerpo, se detuvo en la cocina y oró. Sus lágrimas caían en la pasta de harina que amasaba con entranzas manos. De pronto, muy despacio, tocaron á la ventana.—¿Quién está ahí?—preguntó ella mortalmente asustada. Una voz de perro, clara y alegre, contestó. Empañó Pajomia la vidriera, y con la mano caliente limpió las gotas congeladas, viéndose parado afuera á Artaban, cuya escopeta brillaba á la luz de la luna. No mucho tiempo despues, en la víspera de Navidad, vino Artaban, al medio

1) Como si dijéramos mayordomo, á quien le gusta contemplar con todo el mundo.

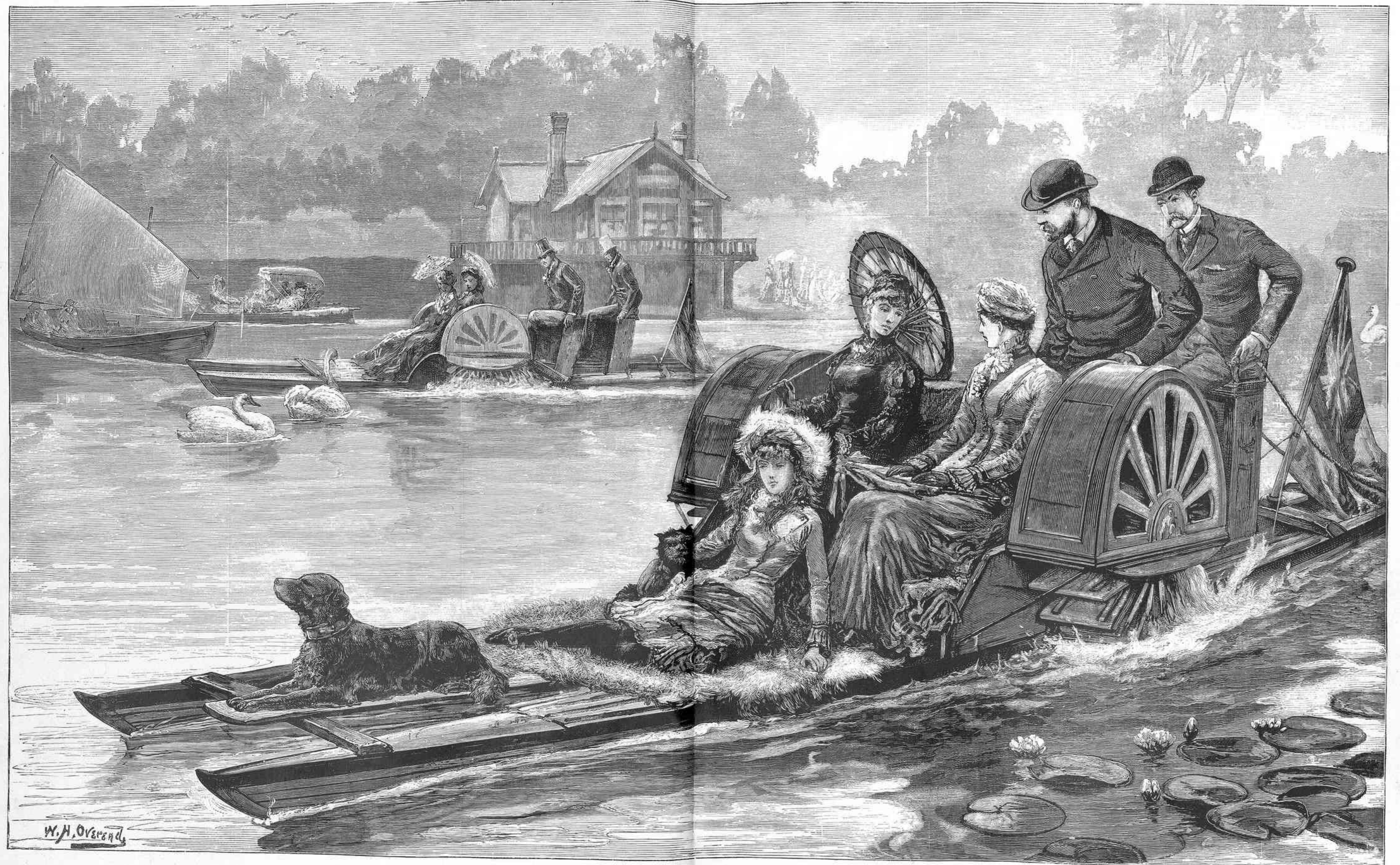






UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY





W. H. Overend

UN PASEO POR EL LAGO DEL PARQUE DE WINDSOR (POR W. H. OVEREND)









ESTER, copia de un cuadro de Biermann



dia, en pleno esplendor. Sus negros caballos goteaban grasa, llevaba en las manos los guantes amarillos que usaba cuando era caporal. Despues de suspirar repetidas veces y de limpiarse la frente con el pañuelo encarnado, y de haber retorcido bastante su mostacho, comenzó solemnemente:

—Considerando que el hombre no debe estar solo, como Dios, nuestro Señor, lo ha escrito en la Sagrada Escritura....

Pajomia se asustó. Púsose pálida, por más que se encontraba al lado del brasero ardiente, y cambió luego su color en púrpuro.

—Considerando,—continuó Artaban,—que un hombre, por decirlo así, le ofrece bastante protección á una mujer, como tambien considerando que tú eres una huérfana de padre y madre, te queria preguntar, Pajomia, en esta ocasion, si no te hallarías inclinada á ascender al estado sagrado del matrimonio.

Pajomia temblaba de piés á cabeza: miró con grandes y contentos ojos á Artaban: no podia proferir una palabra.

—Considerando que yo en estos últimos años, he ganado y he ahorrado honradamente, cerca de 500 florines...., añadió Artaban.

Su perro estaba sentado en tierra, entre ambos, y lo miró como atontado, irguiendo su única oreja.

—¡Qué me importa tu dinero! repuso al fin Pajomia; te pertenezco á tí de todos modos, me tomes ó no como tu mujer.

Una sonrisa cruzó por la oscura cara de Artaban, una sonrisa tan clara y tan ardorosa como un rayo de sol. Tendió á Pajomia su grande y pesada mano, y con el brazo izquierdo asíóla del talle, por primera vez en su vida. Miráronse y se besaron tambien por la primera vez, ellos que desde hacia quince años, se habian amado tan pura y calurosamente; entre tanto Poroch, como picado por diez avispas, giraba en torno de sí, prorumpiendo en aullidos bulliciosos y alegres.

LEOPOLDO DE SACHER-MASOCH

## LOS TRES CONSEJOS

### I

En un alegre pueblecillo formado por blancas y lindas casitas en la falda de un monte, vivía una pobre abuela, de esas que retuercen pacientemente el lino, sentadas al sol y siempre hilando su copo y deshilando su pensamiento en un continuo cavilar.

La pobre abuelita se moría de hambre, hallábase casi desnuda y no podia dormir tranquila.

—¡Ay!—pensaba,—si mis nietos se compadecieran de mí, comería, no sentiría ni frio ni vergüenza y dormiría todita la noche en un sueño.

Un día que se lamentaba de esta suerte, oyéronla sus nietos, tres muchachos colorados como manzanas, y fuertes como robles.

—Buscaremos fortuna, dijeron resueltamente. Hay que socorrer á nuestra querida abuelita.

—Marchemos reunidos, dijo uno.

—No, replicó el menor, podríamos reñir. Cada uno de nosotros tiene su carácter y sus aficiones distintas; así que el trabajo de cada uno ha de ser diverso y diversa la ganancia. Unidos podemos ser desgraciados ó felices; pero separados, muy malas han de ir las cosas para que no alcance á alguno la fortuna. Así pues, separémonos, buscando cada cual consejo de quien juzgue oportuno.

A la mañana siguiente, la campanita de la iglesia del pueblo decía al ver marchar á los obreros del campo que salían á sus tareas de labranza:

Ya se van,  
Ya se van  
En monton  
A por pan  
¡Dilón! ¡Dilón!  
¡Dalán! ¡Dalán!

—¡Pan!—decía la abuelita;—¡quién tuviera un mendruguito, aunque por lo duro hubiera que meterle en agua para que se ablandara y poder comerlo!

Dicho se está que no pudieron oír con tranquilidad los nietos tan dolorosa exclamacion, y salieron resueltamente de casa de la anciana con el propósito de buscar fortuna.

—Marchemos, vaya cada uno á buscar un prudente consejo y separémonos,—exclamó el menor de los hermanos.

—Sea,—dijeron los otros.

Y cada cual tomó diverso camino.

El mayor, preocupado y triste, ántes de salir del pueblo subióse á meditar al oscuro desvan de una casa derruida, y por lo cual deshabitada.

El segundo, muy al contrario, salió desde luego de prisa, de prisa, bajando precipitadamente por el caminito del pueblo, desde lo alto del monte hasta un hermoso valle cubierto de flores, y allí dió en ir de un lado á otro, acelerando cada vez más su paso, como si caminara sin reflexion.

Y el más pequeño, pensando, y á la vez meditando, perdióse en el fondo de un bosque.

### II

Pasaron días tras días y no se supo de los nietos. Pasaron meses, y la abuelita, que durante este tiempo vivía de la caridad de sus vecinos, había cansado esta, y hallábase cada vez más necesitada, cada vez más desnudita, cada vez más triste.

Mas llegó la primavera siguiente, al año justo, de haberse ausentado los tres aventureros, y la abuelita, que había perdido la esperanza de volverlos á ver, sentía á veces una profunda melancolía y quedábase largas horas contemplando el término del camino que se perdía serpenteando por el valle, mirando allá á lo lejos del campo, donde el azul del cielo y el verdor de la tierra se juntan, y donde los morados ápices de las montañas recortan el espacio.

—Quizá vengan,—se decía;—no deben haber muerto. El Dios bueno y misericordioso les habrá favorecido.

Una tarde vió á las golondrinas que por la primavera vuelven de lejanos países.

—Los ví, los ví, los ví,—decían una á una al pasar en recto, bajo y tendido vuelo junto á la anciana.

### III

—¡Ha de casa!—gritaba pocos días despues un hombre golpeando al mismo tiempo en la puerta.

—¿Quién llamará?—se preguntó, no sin sobresalto, la abuela.

Y vió delante de sí un mozo vestido con una larga blusa y con la cabeza cubierta con una gorra de hule.

Era el mayor de los nietos. ¡Qué alegría!

—¡Oh Virgen Santísima!—exclamó la anciana.—¿Ya estás aquí tú? ¡Gracias al Dios de las misericordias que tiene compasion de los pobres! ¿Vendrás rico?

—No, abuela,—contestó el jóven.—Fuíme á la ciudad y entré en un telar, aprendí á tejer y os traigo no más que un vestido para el invierno y algunos escasos ahorritos.

—Ménos mal; bien veo que no ha de ser muy próspero nuestro destino. ¡Qué habrá sido de tus hermanos! ¿Habrán logrado fortuna? ¿Habrán muerto? No sé qué pensar. Tú, al fin, me podrás mantener.

—Difícilmente, por ahora; más adelante....—contestó el jóven;—el trabajo apenas da para mal comer y molestándome mucho en la faena del taller. Si supiera dirigir la gran máquina de la fábrica, otra cosa sería; pero no sé. ¡Es tan triste que aquella gran masa de hierro valga más que cincuenta hombres!

—¿Para nada más que para esto, te han servido los consejos del consejero que buscabas?

—Yo, abuela, como era el más torpe y el más viejo de los tres, quedéme en un desvan pensando tristemente; me avergonzaba pedir consejo á mis años. Allí descubrí en un rincón una pobre araña tejiendo su telar. ¡Bah! dije, este miserable insecto sabe más que yo; bien me aconseja; no he de hacer sino imitarle. ¿Qué otra ambicion cabe en mí?

En esto estaban el nieto y la abuela, cuando oyeron agudísimos lamentos; corrieron guiados por ellos, y encontráronse á la puerta de la casa con un hombre, pálido, con los vestidos desgarrados por miles de jirones y la piel por multitud de heridas que le inundaban de sangre.

—¿No me reconocéis?—dijo con voz apagada aquel desgraciado.

—Soy tu hermano, soy vuestro nieto.

Era, en efecto, el segundo de los hermanos, aquel que tan precipitadamente había salido de la aldea.

—¿Cómo! ¿Tú así? ¿Tú en tan desgraciada situacion y estado tan lastimoso, cuando de tí esperaba la mejor fortuna?—dijo con afliccion la pobre abuela.

Socorrieron al herido, vendáronle, y luego que hubo reposado habló el infeliz con débil voz.

—Abuela, hermano mio, salí, como visteis, lleno de energía; no me detuve á pensar en el objeto de mi viaje: créame bien informado de todo, y dí en correr desatinadamente tras una soñada y fantástica prosperidad. Llegué á un gran pueblo: era tiempo de feria, y en una barraca de madera, adornada por miles de banderas y gallardetes, ví unos cómicos. ¡Qué trajes llevaban de reyes y de grandes se-

ñores! ¡Qué manjares tan ricos y suculentos se servían allí á nuestra vista! Túveles envidia, y más cuando supe que iban de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta; solicité que me admitieran en su compañía, diciendo para mí: «No tendrán suerte igual mis hermanos ni llevarán vida tan alegre.» Con cualquiera de esos diamantes que los cómicos llevan, remediaré yo la suerte de todos. Admitido comencé mi nueva y errante vida, y bien pronto recibí un terrible desengaño; los manjares que habian despertado mi apetito eran de madera y servian sólo para remedar banquetes suntuosos en las comedias, que muchas veces trabajábamos con el estómago vacío; las joyas y los trajes aquellos valian ménos que mi garrote, y, por fin, el hambre y el cansancio en aquella existencia tan miserable y agitada, hicieron de mí el hombre más desgraciado de la tierra. Esta vida cesó para emprender, solicitado por ilusiones no menores, otra más azarosa y terrible: la de soldado. ¡Quién imagina lo que este nuevo estado ha sido para mí de vil y degradante! Por una necia soberbia del rey á quien servía, dióse, no lejos de este país, una terrible batalla en la que he sido herido, como veis, y de la que escapé merced á la oscuridad de la noche, hasta llegar á vuestros brazos.

—¡Pobre nieto mio!—dijo la anciana, llorando amargamente;—tú has sido más desgraciado aún que tu hermano mayor. ¿Fueron estos los consejos que te dió tu consejero?

—Señora,—contestó el jóven,—yo, como he dicho, verdaderamente no he pedido consejo; guiábame por las quimeras de la imaginacion; pero al salir de la aldea ví volar por el aire una linda mariposa con tal agilidad, deteniéndose tan poco en las flores, ascendiendo tan alegre á la cima del monte, que tomé esta aparicion por revelacion misteriosa. Hé aquí, me dije, la imagen de la verdadera actividad; tal debo hacer: brillar, bullir, no dedicarme á un necio trabajo que pueda agotar mis fuerzas, sino cruzar de aquí para allá. Cierta que la mariposa cayó en la manga de red que disparó contra ella una niña, pero á no ser por este contratiempo, ¿á dónde no hubiera podido llegar la mariposilla con su vuelo?

—Vaya por Dios,—replicó la anciana;—nuestra situacion ha empeorado: ¿cómo vivir los tres del jornal de tu hermano? Si el menor no ha logrado mejor suerte, imposible ha de sernos vivir.

Quedáronse tristes los dos hermanos; el mayor por no haber hecho sino remediar algo la desnudez de la abuela, el segundo, angustiado por haber perdido inútilmente un hermoso tiempo.

¡Ah! pero el menor no volvía: perdióse toda esperanza.—«Quizá habrá muerto, decía la abuela.—Le habrán hecho soldado, decía el segundo.—Le habrá arrollado el correaje ó lo habrá triturado la rueda dentada de alguna fábrica, decía el mayor.»

La abuela, vestida pobrememente y mal alimentada, soportaba su desgracia con paciencia, pero no podia conciliar el sueño.

—¿Qué será de mis nietos?—pensaba;—el menor no ha regresado; tal vez sea el peor de los tres; si quiera estos dos, aunque miserables, han regresado al hogar; pero aquel no vuelve.... ¡Ah! ¡qué ingrátitud!

Curóse en tanto el herido y se halló pronto dispuesto para trabajar; mas ¿en qué?

No tardó su buen deseo en encontrar una ocupacion para sus brazos; volviendo el tejedor de la ciudad, halló una tarde en el prado cercano á la aldea un gran número de albañiles, que, dirigidos por un arquitecto, sentaban los cimientos de un gran edificio.

—Aquí habrá trabajo para mi hermano,—se dijo;—poner ladrillo sobre ladrillo no es cosa difícil.

Habló con el maestro y quedó concertado que al día siguiente sería recibido el nuevo obrero en el trabajo.

No duró mucho este medio salvador; al terminar la semana, el albañil fué despedido; habíase cansado de poner ladrillo sobre ladrillo, y quiso preparar la cal; cansóse de esto, y quiso serrar madera, y como tambien de esto último se cansó, fué despedido.

En vano rogó el hermano mayor al maestro; por toda contestacion, despues de mil súplicas para que fuera admitido, el maestro contestó:

—Dejadme en paz; ahí viene el amo, díselo á él; yo no puedo admitir obreros inútiles.

No tardó mucho tiempo en aparecer el dueño de aquella obra, montado en un hermoso caballo; era un hombre jóven, vestido con holgura elegante; enteróse de la cuestion, preguntó á los hermanos quiénes eran, y apenas lo hubo oído ¡oh sorpresa! descendió vivamente del caballo y se arrojó en brazos del mayor de los hermanos.



—¡Cómo!—dijo;—¿no me habeis reconocido? soy vuestro hermano.

Volvia del extranjero sabio y rico; iba á construir una fábrica cerca de su pueblo para socorrer á sus paisanos proporcionándoles trabajo justamente retribuido. Hubiera ántes abrazado á su abuela y á sus hermanos; pero esperaba terminar el edificio que miraba levantar, deseando hacer mayor la sorpresa de su llegada. Locos de alegría fueron los tres hermanos á sorprender á la abuela; enloqueció ésta de contento, y luego dirigió al recién llegado la pregunta misma que á los demás.

—¿De quién has recibido consejo? pues muy bueno y muy sabio será el consejero cuando por él llegaste á tales resultados.—¿Quién te aconsejó, hijo mio?

—La abeja,—contestó el jóven;—fuíme al bosque andando, pero meditando á la vez; distrájome el murmullo sordo de una abeja que pasó á mi lado; parecióme que me habia dicho algo y seguila atento á su murmullo, y mirando su vuelo. La ví libar las flores dirigiéndose derechamente á aquellas que le eran de utilidad, no volando de acá para allá como la mariposa, sino que guiada por su instinto sutil, como si conociera y distinguiera las flores, no perdía su tiempo, ántes bien recogía las esencias y volvíase á combinarlas á su taller, donde hace la miel exquisita para su alimento y para regalo del hombre. Comprendí que la actividad y la inteligencia forman la armonía más provechosa. Hiceme ingeniero en la escuela-taller de una gran ciudad, y no sólo produzco para mí, sino que me sobra para repartirlo entre todos.

—Ya puedo dormir tranquilamente, porque cuando muera, ni quedareis en la miseria ni en el vicio,—dijo suspirando y llorosa la abuelita.

Bien pronto se levantó la fábrica. Del pueblo bajaban los obreros al trabajo y despues subian de la fábrica al pueblo á reposar. El alegre sonar de dos campanitas charlatanas anunciaba este ir y venir.

«Vengan ya, vengan ya,» decia la campana de la fábrica.

«Allá van, allá van,» contestaba la de la aldea.

Y veíase por la mañana, al medio día y por la tardecita, una columna de gente, que como las hormigas, iba del hogar al trabajo y del trabajo volvia al hogar.

Desdichados los que no pueden realizar la armonía, provechosa union de la fuerza de los brazos con la energía del pensamiento; sólo así es verdaderamente productivo el trabajo al hombre y á la sociedad. Inteligencia y fuerza secreto del progreso.

J. ZAHONERO

LA SOMBRA

ANTE LA CIENCIA MODERNA

Desde los tiempos más antiguos, la luz, mirada como agente de la vida y sometida á leyes inalterables, penetró en la ciencia, siendo objeto del estudio y de la especulacion; pero la sombra fué considerada como region de lo desconocido, emblema de la muerte, mundo de misterios y de fantasmas, apoderándose de ella en todos los países la religion para sus amenazas y la poesía para sus creaciones.

La bellísima mitología griega fué en realidad la primera que dió cierta generacion y significacion científica al imperio de la sombra, que no habia sido en Asia más que emblema de la inmensidad desconocida, en el seno del panteísmo.

Los griegos, en aquellas monstruosas uniones con que explicaban todo lo creado, hicieron al cielo hijo del airé y de la tierra; á la noche hija de ésta y del cielo, casando despues á la noche con el Erebo para producir el sueño; y mirando al infierno, lugar de la sombra y de la expiacion, como hijo del caos y de la noche. De modo, que el cielo no era más que el aire que rodea á la tierra, cuya combinacion de movimientos produce la noche, ma-

dre del sueño y del descanso, y tambien de las tinieblas, en cuyo fondo domina el caos.

Así procuraban desterrar la noche y la sombra de todos los actos de su vida, y alejarla del rededor de los muertos, rodeándoles de luces; costumbre que ha llegado hasta nuestros días, y que ha sido combatida por algun filósofo, bajo el punto de vista de que la oscuridad es más propia de los muertos.

En los pueblos cristianos la sombra fué emblema del pecado. En ella existian los malos espíritus, las brujas, duendes y fantasmas que atormentaban al hombre; naciendo con la supersticion y la credulidad, propias de un pueblo ignorante y sencillo, los miles de leyendas con que todavía las madres entretienen á los niños en nuestras aldeas. La sombra, llena de misterios, daba vida á los duendes; levantaba los muertos de las sepulturas en el cementerio; animaba las estatuas y los caprichos del escultor en el templo gótico, y creaba en su seno fantasmas y apariciones en la solitaria alcoba.

Los poetas, haciéndose eco de estas creencias y dejando volar su fantasía en una region en que la credulidad y la inclinacion á lo maravilloso lo hacen todo posible, poblaron las sombras de espíritus, trasgos, vampiros y silfos; las animaron como en las tragedias griegas y como Shakespeare en el *Hamlet*; las hicieron venenosas, como el manzanillo de la *Africana*; abusaron de su terrorífica significacion para pintar escenas horribles, como Cadalso, ó para significar la region del crimen y de la ignorancia, como Victor Hugo; describieron la mutacion de los objetos bajo su imperio en fantásticas visiones, como Zorrilla, ó introdujeron en ellas relámpagos de luz buscando la razon de su misterio, como Campoamor.

Tal fué la sombra en los tiempos antiguos; madre de otras muchas sombras en la inteligencia, aunque embellecidas por los poetas. La ciencia no la admitió en su reino, sino relegándola al estudio de la geometría, como forma y extension, y al de la perspectiva, como posicion.

\* \* \*

El renacimiento científico comenzó á estudiar la sombra como negacion y ausencia de la luz; del mismo modo que el frio como negacion ó ausencia del calor. Así estudió y midió la gigantesca sombra cónica que los astros forman detrás de sí en el espacio inmenso, y que les sigue en su acompasado movimiento, como majestuosa cola, produciendo los eclipses.

Pero estaba reservado al riquísimo análisis moderno y á la infatigable investigacion de la ciencia de nuestros días explorar esa region de lo desconocido, estudiar sus misterios y buscar la vida y el cumplimiento de las leyes naturales allí donde no se creía que existiera más que la muerte.

Ante todo, la ciencia moderna ha tenido que fijar la exacta significacion de las palabras noche, sombra, oscuridad, opacidad y tinieblas; no sin disputar con los gramáticos y con los filósofos.

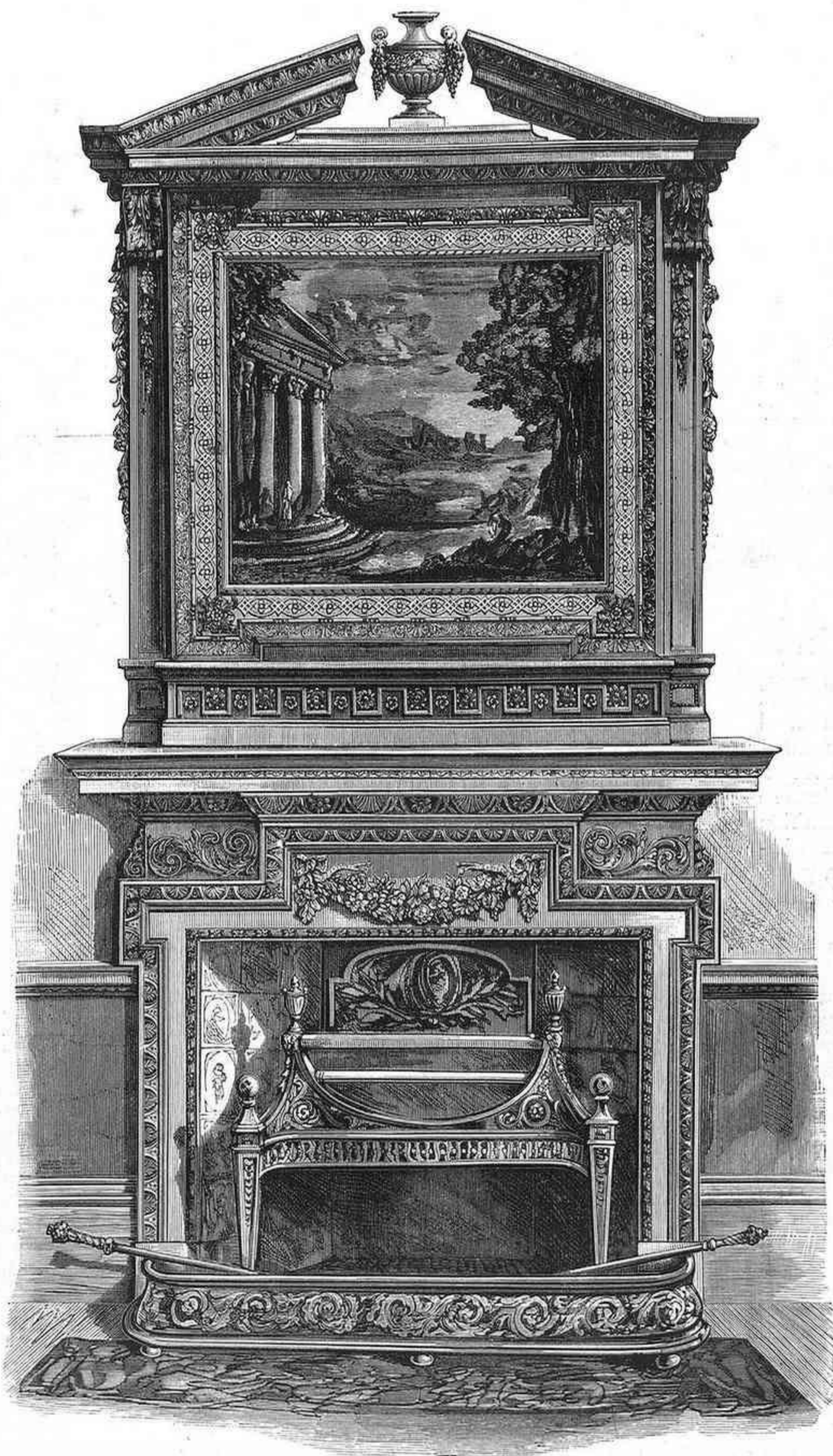
Noche es lo opuesto al día; la immersion de un hemisferio de la tierra en la sombra, producida por la opacidad de esta. De modo, que la noche no es la sombra, sino hija de la sombra. Opaco quiere decir denso, y por lo tanto esta palabra expresa con gran exactitud la idea de un cuerpo que por su densidad no se deja pasar la luz. Oscuro es simplemente un término de comparacion, que quiere decir oculto, y cuyo superlativo son las tinieblas, ausencia de toda luz; palabra derivada de *teneo*, porque en su region se contiene, se encierra y se oculta todo á la vista humana.

Del mismo modo la ciencia ha venido á admitir opiniones contrarias á las antiguas respecto á la visibilidad de la luz y las sombras. La luz no se ve: necesita un cuerpo que la refleje para que se haga visible: los rayos más intensos y deslumbrantes pueden pasar ante nuestros ojos sin ser visibles. El rayo de sol que penetra en una sala oscura no es visible si no da en la pared ó en el suelo: no le descubriríamos si no se reflejara en los corpúsculos que flotan en el aire, formando ese viso azulado, que tan admirablemente han sabido copiar en sus cuadros algunos pintores. Si en el espacio inmenso que media entre astro y astro no hay átomos, ni materia cósmica, reinará allí una profunda oscuridad. Por el contrario las tinieblas, puede decirse que son visibles: la vista humana ve su oscuridad. ¡Cuán cierta es la frase de que han abusado nuestros novelistas, diciendo que una luz en un espacio inmenso sirve tan sólo para hacer más visibles las tinieblas!

La observacion ha demostrado que existe la vida y el color en la sombra. A gran profundidad de la tierra viven anélidos en perfecta oscuridad. En las costas de Suecia y de Noruega, á 2,000 metros debajo del agua, donde reinan las tinieblas, se han encontrado animales y plantas, que no sólo viven, sino que presentan ricos y variados colores. Las flores, criadas en la oscuridad, tienen tambien colores, hasta el punto de que los naturalistas han llegado á admitir una materia colorante independiente de la luz: el cromógeno que encierra en germen el color de la flor.

Tambien la ciencia ha examinado recientemente el color de las sombras, fenómeno curioso que dejó consignado Leonardo de Vinci, observando que las sombras producidas sobre una pared blanca, por la luz del sol próximo al horizonte, son azuladas.

La mayoría de los físicos opina que cada luz produce una sombra del color complementario; y en efecto, la observacion demuestra que la luz verde produce rosadas; la rosada, verdes; la amarilla, violetas, y la violeta, amarillas. Pero en cuanto



Chimenea de gabinete



á la explicacion de este fenómeno ya no están acordes, admitiendo unos que la sombra toma efectivamente ese color, y otros que es un efecto de la luz sobre nuestra vista. De todos modos, la ciencia ha venido á explicar el secreto de la belleza y realidad de las sombras que han producido en sus cuadros los grandes pintores, empleando para los colores frescos sus complementarios.

Pero no contentos con esto, los físicos modernos han comenzado el estudio de las tinieblas, de la oscuridad más completa y permanente que en la tierra se conoce: la de las cavernas, donde no llega jamás luz alguna.

Desde los tiempos más antiguos es conocida la observación de que la oscuridad de las cuevas y cavernas no es como las demás oscuridades. Cuentos y leyendas popularísimas en España, donde existen cuevas rodeadas de tradiciones, demuestran que la luz no alumbra en ellas como en los demás sitios oscuros, siendo una creencia de nuestros aldeanos y campesinos que la luz no puede romper la densidad de sus tinieblas.

Tyndall y otros físicos han demostrado todo lo contrario. Las paredes de las cavernas están cubiertas continuamente de una especie de moho ó musgo, que condensa los corpúsculos que flotan en aquel espacio, y que la humedad hace más densos obligándolos á descender al suelo: por lo tanto, hay un vacío corpuscular, desconocido en la atmósfera, que evita la reflexión de la luz. Por eso allí la luz apenas se trasmite y apenas alumbra. Por eso también se aumenta extraordinariamente su efecto haciendo flotar en el aire, y en su derredor, polvo muy fino. Entonces desaparece la densidad de las tinieblas.

Por último, un nuevo estudio de la oscuridad, que no es más que una ocultación relativa de los objetos, en la cual existen de la misma manera, pero sin ser sensible su existencia á la vista humana, ha permitido á un fotógrafo español concebir el proyecto de hacer fotografías en la oscuridad, empleando sustancias mucho más sensibles que la vista del hombre.

Si este proyecto llegase á ser una realidad, la ciencia habría llegado al último punto de perfección en esta materia, á reemplazar la vista en la oscuridad, á hacer visibles las tinieblas, á desterrar la sombra con todos sus misterios.

FELIPE PICATOSTE.



LA TRAGEDIA, pintura decorativa de F. Sans (grabado por Sadurni)

## NOTICIAS GEOGRAFICAS

La familia de Garibaldi ha resuelto ceder la isla de Caprera al Estado. Todos sus individuos han firmado un acta privada, en la cual dan su consentimiento á esta donación, cada cual en la parte que le corresponde.

La isla tiene 15 millas de circunferencia y 5 de longitud. En 1864 pertenecía ya casi totalmente al general: antes poseía más de la mitad de ella; la otra mitad era en su mayor parte del inglés Ricardo Collins y el resto de cuatro pequeños propietarios, el marino Ciego Natalé y los labradores Juan Ferracciolo, Silvestre y Sebastian Susa. La parte de estos cuatro individuos era insignificante y Garibaldi no pensaba comprársela, pues deseaba que la isla no estuviera habitada exclusivamente por él y su familia. Ferracciolo, pobre y enfermizo, recibía socorros del general, y según decía, quería conservar su rincón de tierra, que ni siquiera le daba con qué vivir, para estar cerca de aquel y tener el gusto de dejárselo al morir. Garibaldi se encargó también de una anciana y de una muchacha heredera de Ferracciolo. Con los otros sucedió poco más ó menos lo mismo. La parte de la viuda Collins fué comprada en agosto de 1864.

Además de las casitas de los cuatro propietarios, Garibaldi tenía en 1864 doce casas en la isla, siete de ellas unidas á la casa principal, y las demás diseminadas por la isla y destinadas á varios usos.

Caprera se compone de tres colinas ó montes: Monte Fico, Monte Bacea y Monte Telaione, y entre unos y otros hay cañadas de mediano cultivo. Cerca de Monte Fico descuellá una isla, llamada del Porco, propiedad también de Garibaldi. En el Monte Telaione habia, y creemos que hay aún, cabras silvestres. El clima de la isla es muy parecido al de la de Cerdeña; pero el viento molesta casi de continuo á los habitantes é impide que se cultiven árboles elevados.

En los círculos geográficos y científicos de Londres han excitado vivísimo interés los relatos del capitán Burton y del comandante Cameron á su regreso de la Costa de Oro en Africa. El primero dice que al desembarcar encontró mujeres lavando arenas auríferas y ganando un

jornal de 10 á 80 rs. diarios. Han hallado pajuélas de oro en las calles y en los caminos despues de caer alguna lluvia. El país, áaden, está impregnado de oro. Créese que no falten hombres emprendedores que tomen el negocio por su cuenta y realicen grandes fortunas, pues el Africa occidental es una segunda California.

Se está preparando en Bergen una expedición al Spitzberg. El número de viajeros no ha de pasar de cuarenta, y cada uno de ellos pagará 2,750 rs. El viaje durará de cuatro á cinco semanas: el vapor escogido para esta travesía estará mandado por el capitán Carlson que ha hecho ya un viaje al polo Norte á las órdenes del almirante austriaco Teghetoff. El vapor irá provisto de todos los aparatos y armas necesarios para la pesca de la ballena y para la caza del oso y demás animales de las regiones polares. También llevará á su bordo perros y trineos para hacer excursiones por tierra firme. Si las condiciones del hielo son favorables, el vapor avanzará un poco al Norte del Spitzberg.

El ingeniero americano M. Shaler propone devolver á la América del Norte el calor de su primitivo clima, haciendo que se dirijan á las costas de aquel país las corrientes de agua caliente que salen de los mares de Asia, detenidas hoy por la continua elevación del estrecho de Behring y por haber surgido una porción de islotes en el extremo Norte del continente americano.

M. Shaler dice en el *American Architect*, que para ello basta hacer que el estrecho de Behring, que sólo tiene 27 kilómetros, recobre su antigua profundidad, volando al efecto con dinamita todos los islotes que interceptan el paso de las aguas templadas del Océano Indico. Esto costará mil ó dos mil millones; pero, según asegura dicho ingeniero, «el Norte de los Estados Unidos, el Canadá y hasta las regiones de Alaska, se transformarían en un paraíso terrenal, y Nueva York tendría la temperatura que le corresponde por la latitud á que está situada, es decir, que gozaría del clima de Nápoles, al paso que hoy el invierno es allí más riguroso que en Berlín.»

## NOTICIAS VARIAS

Las mujeres literatas en Francia forman un verdadero ejército. En el último censo de la vecina república figuran 1,200 autoras de novelas; 400 traductoras de obras extranjeras; 300 poetisas y 100 periodistas. Total 2,000! A pesar de tan respetable número de escritoras, los alemanes aseguran que en su país hay todavía más.

En las costas de Australia se han descubierto riquísimos criaderos de ostras, estimándose en 40 millones el número de estos succulentos moluscos que los empresarios australianos podrán coger en los primeros cuatro años, solamente en las costas de Van Diemen. Esto sin contar los demás bancos que hay en varias islas y que dan ostras de un tamaño sorprendente.

La ciudad de Londres, que hasta ahora gozaba de cierta fama por lo que respecta á sus casas, las cuales apenas pasaban de dos pisos, empieza á tenerlas de mayor elevación, y últimamente se ha construido allí una de exageradas dimensiones. Es una casa de vecindad, que, contando los sótanos y los desvanes, tiene nada menos que catorce pisos: hállase situada en un barrio nuevo, inmediata á la abadía de Westminster, y al acercarse á ella causa verdadero asombro el aspecto de su masa monumental, cuya altura total es de unos 40 metros. Las ventanas, comprendidas las que dan á los espaciosos patios interiores, pasan de quinientas. Los inquilinos y las visitas de esa casa colosal suben á los varios pisos en un ascensor hidráulico: para llegar al décimotercio se necesitan dos minutos, y una vez en él se puede contemplar un magnífico panorama si la atmósfera está despejada; pero como la ciudad está cubierta casi siempre de nieblas, sucede con frecuencia que los vecinos de dicho piso se hallan metidos en las nubes, ni más ni menos que los aeronautas.

El Municipio de París ha reunido algunos datos acerca de la circulación de viajeros por las líneas de ómnibus y tranvías de dicha capital, resultando de ellos que la más concurrida es la más corta ó sea la línea de ómnibus E, Magdalena-Bastilla, que sólo tiene 4,588 metros de trayecto al paso que la del Panteon Courcelles tiene 7,567.

En 1881, el transporte de viajeros por las principales líneas fué el siguiente:

Magdalena-Bastilla. . . . .	14.803,632
Montrouge-Ferro-carril del Este. . . . .	10.569,495
Estrella-Villette. . . . .	9.184,875
Saint Ouen-Bastilla. . . . .	8.938,485
Clichy-Odeón. . . . .	8.786,448

El resultado de la suscripción abierta con motivo del incendio del teatro del Ring, ocurrido en 8 de diciembre del año próximo pasado en Viena, es el siguiente: Han correspondido y se han pagado quince mil pesetas á cada huérfano que resultó de aquella catástrofe y una suma proporcional á las demás personas menesterosas que quedaron desamparadas de resultas de la muerte de las 379 víctimas. Esta suscripción, á la cual contribuyó todo el mundo civilizado, produjo aproximadamente 4.375,000 pesetas, habiendo dado un solo particular de aquella capital 287,500 pesetas. En Austria, sin la Hungría, se recaudaron cerca de 109,000 pesetas, y con dicho reino 482,500, figurando aparte la ciudad de Viena que reunió 1.815,000 pesetas; Francia envió 397,500, Alemania 467,500, Italia 75,000, España 77,500, el shah de Persia 30,000, Inglaterra 52,000, Rusia 35,000, Holanda 32,500, los demás países europeos sumas menores; América contribuyó con 35,000, Asia con 45,000 y Africa con 10,000. Omitimos, por no pecar de prolijos, la lista detallada de grandes dádivas de particulares, compañías mercantiles, etc.

Si á muchas personas instruidas é inteligentes pasma todavía la telegrafía eléctrica, ¿qué extraño será que confunda el telégrafo á los animales? Lo cierto es que los lobos desaparecen de las comarcas cruzadas por estos misteriosos alambres; los osos se encaraman á los palos, engañados por el zumbido de los hilos que atribuyen á abejas; como les gusta tanto la miel, registran los postes, y viéndose chasqueados, procuran derribarlos para ver si así descubren el dulce tesoro en su interior.

De parecida ilusión son víctimas los pica-maderas ó carpinteros, aves que hacen resonar los bosques silenciosos con los continuos picotazos que descargan en los árboles para hacer huir de debajo de la corteza y de otros huecos á los insectos de que se alimentan. Estos pobres trabajadores solitarios picotean con creciente afán los postes telegráficos para hacer salir los escarabajos imaginarios, cuyo zumbido creen oír en el interior.